

LXIV.

Las casas en dobles filas
Se alzan como tristes sueños;
En mi capa rebujado
Paso ante ellas en silencio.

La media noche en la iglesia
Suena con lúgubres ecos.
Es la hora en que me esperan
De mi adorada los besos.

La luna amiga ilumina
Mi senda con sus reflejos:
Ante el umbral de mi amada
Alegre rompo el silencio.

—¡Gracias, luna! ¡vieja amiga,
Que alumbraste mi sendero!
Toma pasaporte, alumbrá
Al resto del universo.

Y si hallas un triste amante
Que suspira entre tormentos,
Consuélale, como dulce
Me consolaste otro tiempo.—

LXV.

Cuando tú seas mi esposa
 Envidia dará tu suerte;
 Sólo dicha y diversiones,
 Sólo alegría y placeres.

Gruñe: mi paciencia es grande;
 Gruñe y vocifera y grita;
 Pero ¡ay! alaba mis versos,
 O te abandono en seguida.

LXVI.

Sobre tu seno nevado
 Mi frente triste se inclina,
 Y el secreto saber puedo
 Que tu corazón agita.

Los húsares sonar hacen
 Su alegre trompetería,
 Y hacen su entrada gallardos
 Por la puerta de la villa.
 ¡Mañana va á abandonarme
 La adorada de mi vida!

Mañana quieres dejarme;
 Mas hoy, hoy eres aún mía,
 Y ser dos veces dichosa
 En tus brazos necesita
 Hoy aún mi alma, que loca
 Por tus amores suspira.

LXVII.

Sonaban las trompetas,
 Y los azules húsares corrían
 Gozosos cabalgando hacia la puerta
 De la ciudad dormida:
 Yo llegaba, bien mío, y fresco ramo
 De rosas pudorosas te traía.

¡Qué bullicio infernal y qué locura!
 ¡Cuál las crujientes armas relucían!
 Mas ¡ay, de un militar alojamiento
 En tu pequeño corazón habíal

LXVIII.

En verdad ¿tú me aborreces?
 ¿Tanto cambió tu pecho?
 De lo mal que tú me tratas
 Me quejaré al mundo entero.

Decidme, labios traidores:
 ¿Cómo hablar podéis tan fieros
 Del que os besara un día
 Con tan amoroso afecto?

LXIX.

He aquí aún los ojos que no ha mucho
Cariñosos y amantes me miraban,
Los labios que llenaban de alegría
Mi vida solitaria.

También esta es la voz que complaciente
Y dulce en mis oídos resonaba.
Tan sólo yo no soy el que antes era;
Tan sólo el tiempo á mí me transformara.

Ceñido por sus brazos de alabastro,
Que enamorados con ardor me enlazan,
Sobre su corazón, entumecida
Siento aburrirse mi alma.

LXX.

Raras veces, mis amigos,
Me pudisteis comprender,
Y yo mismo raras veces
A comprenderos llegué.

Tan sólo cuando en el fango
Nos hallamos á la vez,
Os comprendí yo sin pena,
Y á mí vosotros también.

LXXI.

Quejéronse los castrados
 Cuando yo elevé mi voz;
 Quejéronse; era muy fuerte,
 Muy grosera mi canción.

Oir dejaron entonces
 Sus canciones con ardor,
 Con sus notas cristalinas
 Y con su aflautado són.
 ¡Qué tono tan dulce y puro!
 ¡Qué misterioso rumor!

Cantaban dulces amores,
 Cantaban dicha y pasión,
 Y derretidas en lágrimas
 Las damas en derredor,
 Desvanecidas sentían
 El arte y la inspiración.

LXXII.

Blandas brisas acarician
 Las calles de Salamanca;
 Allí las tardes de estío
 Yo paseo con mi dama.

Ciñen mis brazos su talle,
 Y siente mi mano osada
 Los anhelantes latidos
 De su seno que se inflama.

Pero un murmullo siniestro
 Del tilo vibra en las ramas,
 Y un molino tristemente,
 Al rodar, penas presagia.

¡Sabéis, señora, qué dice
 Ese rumor que me espanta?
 Que ha de llegar triste día,
 Día de duelo y de lágrimas,

En que un decreto académico
Venza mi libertad brava,
Y no cruzaré dichoso,
Paseando con mi amada
Gozoso y enamorado,
Las calles de Salamanca.

LXXIII.

Cerca de mi casa vive
Don Enrique, á quien le llaman
El hermoso caballero,
El encanto de las damas.
Vecinos son nuestros cuartos,
Vecinas son nuestras cámaras,
Tan sólo débil tabique
Nuestras viviendas separa.

Cuando por las calles cruza
Estrechas y solitarias,
Retorciendo sus bigotes,
Sonando espuelas doradas
Y seguido de sus rápidos
Y fieles perros de caza,
Sienten su pecho abrasado
Las damas de Salamanca.

Pero en las horas tranquilas
De la tarde, en su ventana
Él se sienta solitario,
En las manos la guitarra
Y en melancólicos sueños
La fantasía abismada.

La tañe con mano trémula
Mientras en sus sueños vaga:
¡De su bandurria los ecos
Dan náuseas á mi alma!

LXXIV.

Apenas nos contemplamos,
Cuando en tus tiernas miradas
Y en tu voz noté, bien mío,
Que á mi amor no eras ingrata.
Si es que tu maldita madre
No hubiera estado en la estancia,
Creo que en aquel momento,
Ardiendo en amante llama,
A mi cuerpo enamorado
Tus bellos brazos enlazas.

Y con todo, de la villa
Yo me ausentaré mañana
Para emprender mi carrera,
Mi carrera solitaria.
La hermosa rubia, anhelante
Me esperará á la ventana,
Y al partir, dulces saludos
Le prodigaré mi alma.

LXXV.

Ya la cima de los montes
 El sol baña con sus rayos,
 Y ya resonar se escucha
 La esquila de los ganados.
 ¡Oh mi bien! ¡mi corderilla!
 ¡Mi sol, mi amor y mi encanto!
 ¡Cuánto por mirar daría
 Otra vez tus ojos claros!

Yo, con atención inquieta,
 Los tristes ojos levanto:
 ¡Adiós, niña de mi vida.
 Ya de este país me marchó.
 ¡Vana esperanza! no veo
 En las rejas de tu cuarto
 Blanca cortina correrse
 Sobre los cristales claros.
 Ella aun reposa, le presta
 El sueño dulce descanso;
 Probablemente sonrío
 Con mis amores soñando

LXXVI.

En Halle y en la plaza del mercado
 Dos leones enormes se levantan:
 ¡Ay leones de Halle! ¡cuál rindieron
 Vuestras fauces feroces las mordazas!

En Halle y en la plaza del mercado
 Un enorme gigante se alza fiero;
 Espada tiene, sí, mas no la esgrime;
 Petrificó el pavor sus fuertes miembros.

En Halle y en la plaza del mercado
 Alza sus altas torres una iglesia;
 La *Burschenschaft*¹ y *Landmanschaft*² á un tiempo
 Lugar allí para rezar encuentran.

¹ Antigua Sociedad escolar alemana.

² Sociedad de paisanos alemanes.

LXXVII.

El crepúsculo sombrío
 De las tardes del estío
 Cubre la verde pradera,
 Cubre la floresta entera,
 Y la luna, astro de plata,
 Su luz presta y sus fulgores
 Al éter que se dilata
 Perfumado por las flores.

En el borde canta el grillo
 Del riachuelo sencillo;
 Algo en el agua se mueve,
 Y un rumor confuso y leve,
 Como el suspiro arrancado
 Por sus amores al alma
 El viajero fatigado
 Oye en la nocturna calma.

Solitaria y silenciosa

Bajo la enramada umbrosa
 Se baña la hermosa ninfa;
 Sus brazos cortan la linfa
 De las aguas sosegadas
 De la desierta laguna,
 Y sus espaldas nevadas
 Fulguran ante la luna.

LXXVIII.

Sobre las oscuras sendas
Tiende la noche su manto;
Mi corazón está enfermo
Y mis miembros fatigados.
¡Ay! al menos, dulce luna,
Desde el infinito espacio,
Cual bendición silenciosa
Viertes sobre mí tus rayos.

¡Luna! el horror de la noche
Disipan tus fuegos claros,
Siento mis amargas penas
Ausentarse de mi lado,
Y cubrirse de rocío
Mis mejillas y mis párpados.

LXXIX.

La muerte es la noche helada,
Día abrumador la vida;
Ya amanece y tengo sueño;
Estoy cansado del día.

Sobre mi lecho, en un árbol,
Nuevo ruiseñor gorjea;
Canta el amor, y hasta en sueños
Entiendo yo sus querellas.

LXXX.

¿Dónde está, dí, aquella hermosa
Que tu dulce voz cantaba
Palpitante y armoniosa,
Cuando en llama misteriosa
Tu corazón se abrasaba?

Ya la llama está extinguida;
Sólo en mi pecho hay dolor,
Y este libro á quien dí vida,
Urna es que guarda escondida
La ceniza de mi amor.

NUEVA PRIMAVERA